



HOMILÍA

Miércoles, 16 de noviembre de 2016

Textos: Col 3, 1-4.12-17; Sal 132; Mt 18, 1-5. 10-20

+ Vicente Jiménez Zamora
Arzobispo de Zaragoza
Presidente de la CEVC

Queridos hermanos y hermanas:

El Señor nos congrega para celebrar la Eucaristía, memorial sacramental de su muerte y resurrección, en esta segunda jornada de nuestra XXIII Asamblea General de CONFER.

En este momento podemos exclamar con el salmista: "Ved qué dulzura, que alegría convivir los hermanos unidos" (Sal/132)". Donde dos o tres están reunidos en mi nombre, allí estoy yo en medio de ellos.

Traemos al ofertorio de esta Santa Misa los trabajos de esta XXIII Asamblea General de CONFER; los gozos y esperanzas; los afanes y preocupaciones; los proyectos de nueva evangelización y misión de todos nosotros y de nuestras comunidades religiosas; las obras de misericordia corporales y espirituales que estamos practicando a lo largo de este Año Jubilar; los frutos de nuestras comunidades samaritanas y solidarias con los pobres.

Colosenses 3, 1-4.12-17. El apóstol San Pablo en la carta a los Colosenses nos habla de las cualidades y virtudes del hombre nuevo, revestido de Cristo. La caridad es la que da consistencia vital a todas las demás virtudes. Es la manifestación única de la fe viva. Revestidas de la caridad, todas nuestras obras estarán encaminadas al crecimiento del Cuerpo de Cristo, su Iglesia.

Efecto del amor es la atmósfera de paz entre los hermanos, paz que Cristo nos trajo, al reconciliarnos a todos en un solo cuerpo. La caridad es el fruto del Espíritu.

Mateo 18, 1-5.10-20. *El más importante.* El evangelio de esta Eucaristía señala las actitudes y normas de conducta para las relaciones entre los miembros de la comunidad cristiana. En la redacción de Mateo, el texto contiene dos partes: 1) respuesta de Jesús a una pregunta de sus discípulos. 2) parábola de la oveja extraviada. A simple vista parecen sin conexión, pero de hecho la tienen.

Los discípulos comienzan preguntando a Jesús: "¿Quién es el más importante en el reino de los cielos?". La respuesta de Jesús es desconcertante por lo inesperado. Llamó a un niño, lo puso en medio del grupo y dijo: "Si no volvéis a ser como niños, no entraréis en el reino de los cielos. Por tanto, el que se haga pequeño, como este niño, ése es el más grande en el reino de los cielos".



¿Qué significa ser como un niño y hacerse pequeño? ¿Patrocina Jesús un infantilismo? Nada de eso. El niño es un ser débil y humilde que no posee nada ni tiene que decir en la comunidad de los adultos. El niño, como el pobre, sólo puede recibir con alegría lo que se le ofrece, porque depende totalmente de los demás. Esta es la situación del hombre ante Dios y, consecuentemente, la actitud que Jesús quiere de sus discípulos: receptividad, sencillez y humildad. Por eso, "quien no acepte el reino de Dios como un niño, no entrará en él" (Mt 10, 15).

Necesitamos una conversión al servicio. El espíritu evangélico de infancia espiritual es una actitud interior de dependencia y confianza en Dios; pero para que sea completa, hay que añadir gestos concretos de servicio a los humildes, como hizo Jesús.

Según explicó Jesús en la parábola del juicio final, que viene a completar el tema que nos ocupa, el niño y el pequeño significan la gente humilde y necesitada, indefensa y despreciada, los sedientos y los hambrientos, los prisioneros y marginados: "Lo que hicisteis con uno de estos mis hermanos más pequeños, conmigo lo hicisteis", pues con ello se identificó Cristo" (cfr. Mt 25, 40).

En el contexto de hoy la parábola significa la solicitud de Cristo, el Buen Pastor, y de la comunidad cristiana con él, respecto de esos "pequeños" que son tanto los pecadores y alejados de Dios y de su rebaño, la Iglesia, como los miembros más débiles, humildes e ignorantes de la comunidad mesiánica.

En esta Eucaristía, comemos el cuerpo de Cristo y bebemos su sangre, para convertirnos en discípulos misioneros en esta nueva etapa evangelizadora.